

LECCION XXXII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.
(SIGLOS VIII Y IX).

La Iglesia consolada y defendida: san Juan Damasceno; segundo concilio general de Nicea.—La Iglesia propagada: conversion de Dinamarca y de Suecia; san Anscario.—Atacada en España por los árabes.—Defendida por sus Mártires: san Eulogio.—Propagada: conversion de los búlgaros.

Padecer persecucion, tal es el destino de la verdad en la tierra, desde el pecado original, y en todo tiempo los que la han predicado fueron objeto de animadversion. No se habrá olvidado lo que á los Profetas costó anunciarla á los judíos; el mismo Hijo de Dios, verdad viviente, tuvo que apurar en su persona toda la protervia de los hombres envilecidos, siendo un verdadero hombre de dolores; igual suerte cupo á los Apóstoles, y la divina Esposa del Hombre-Dios, la Iglesia católica, llevará eternamente ceñida en su frente una corona de espinas. Mas si por un lado la verdad es combatida sin cesar, por otro es sin cesar defendida, de manera que en esta lucha perdurable la victoria queda y no puede menos de quedar por ella, conforme nos lo demuestran los siglos que hemos recorrido, y nos lo demostrarán los subsiguientes; para que siempre con verdad pueda decirse que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Mientras los emperadores Leon y Constantino, verdaderos here-siarcas coronados, atacaban con virulencia el culto de las santas imágenes, Dios suscitó nuevos paladines de la verdad, entre ellos el ya citado san German patriarca de Constantinopla, y los papas Gregorio II y Gregorio III; pero otro ilustre Padre descuella en primera línea, cuya potente voz resonó en el universo y conmovió hasta sus cimientos el edificio del error.

Este personaje, formado expresamente para defensa del culto, fué san Juan, apellidado el Damasceno; por ser natural de Damasco, capital de la Celesiria. Oriundo de una familia noble y antigua, su

padre, bien que celosísimo cristiano, era muy apreciado de los árabes, señores ya de la Palestina y de la Siria, y por su cuna, talento y probidad eleváronle á los primeros empleos los emperadores musulmanes. Nombrado secretario de Estado, el piadoso ministro tuvo que redoblar su fervor y vigilancia sobre sí mismo, á proporcion del mayor peligro que corria, atendiendo en especial á la educacion del niño, cuya inocencia y religiosidad se hallaban tan expuestas en la corte de unos soberanos infieles.

Dios, que nunca deja sin premio el mérito de sus servidores, vino en ayuda de este virtuoso padre proporcionándole por medio de una obra caritativa un digno maestro para su hijo. Entre varios cautivos que rescató hubo uno, llamado Cosme, religioso tan recomendable por su virtud como por su doctrina, el cual se prestó de buen grado á criar al hijo de su bienhechor, echando el resto para corresponder á la confianza en él depositada. Gracias á los ilustrados desvelos del maestro, no menos que á las aventajadas disposiciones del discípulo, Juan llegó á ser un hombre tan hábil como virtuoso; honrado entre los árabes lo mismo que su padre, obtuvo el gobierno de Damasco; y ¡cosa rara! su virtud y capacidad eran tan generalmente reconocidas, que disfrutó el favor del príncipe sin excitar ajenas envidias; cosa que redundó en grandísimo provecho de la Religión.

Hallábase sin embargo muy expuesto en medio de los peligros que le rodeaban, y conociendo cuán difícil es mantenerse bueno en la abundancia y en el seno de los placeres, resolvió dimitir su empleo y retirarse del mundo. Repartidos, pues, sus bienes á los pobres y á las iglesias, pasó secretamente á la laura de San Sabas, cerca de Jerusalen, y presentándose al superior, éste le dió por maestro un anciano religioso de mucha práctica en la direccion de las almas, bajo cuya tutela el fervoroso novicio avanzó á grandes pasos en el camino de la perfeccion; pues á fin de probarle y aquilatar su obediencia, sujetábale aquel diariamente á toda clase de mortificaciones.

Entre otras cosas, mandóle un dia que fuese á Damasco á vender cestos, con la prevencion de que no los diera á menos de cierto precio, que le indicó, y que era exorbitante. ¿No te parece, lector, una sutil manera de apurar la paciencia de un hombre? El Santo, sin embargo, humilde como un niño, obedeció sin murmurar, y vestido en traje pobre se fué á Damasco, donde tanto tiempo habia

vivido en medio de la esplendidez. Cuando le pedían el precio de su mercancía, respondía con arreglo á las instrucciones recibidas, pero tratábanle de delirante y llenábanle de improperios, lo que sufría con la mayor resignación. Últimamente, acertando á pasar un antiguo criado suyo, lastimóse éste y le compró todos los cestos por el precio que exigía. Así triunfó de la vanidad, contra cuya pasión su director procuraba premunirle de todos modos.

Elevado al sacerdocio, y no teniendo ya que temer de aquella presunción secreta que aun en los escritores cristianos ofusca no pocas veces todo el mérito de sus vigilias y trabajos, recibió la orden de tomar la pluma para sostener la fe, atacada por los iconoclastas. Escribió, pues, sus tres célebres *Discursos sobre las imágenes*, en el primero de los cuales parte del principio de que, siendo la Iglesia infalible, no hay temor de que jamás caiga en la idolatría; y refutando de paso las objeciones de los herejes, les pregunta: ¿Por qué rehusais dar culto á las imágenes, cuando por otro lado honrais al Dios del Calvario, la losa del Santo Sepulcro, el libro de los Evangelios, la cruz y los vasos sagrados? En el segundo demuestra que no debe hacerse ningun caso de los edictos imperiales acerca de esta materia; y en el tercero aduce gran número de textos de los santos Padres en apoyo de la doctrina católica.

Misionero y apologista, el ilustre Santo no solo escribió contra los iconoclastas, sino que recorrió la Palestina para consolar á los fieles perseguidos, y con el propio objeto pasó á Constantinopla sin arredrarle la prepotencia de Constantino Coprónimo, caloroso fautor de la herejía. Retirado otra vez á su celda, falleció el año 780, volando á recibir en el cielo el galardón de su humildad y de su entusiasmo en defensa de la Iglesia ¹.

¹ Véase Fleury, lib. LXII; D. Cellier, t. XVIII, pág. 110; Godescard, al 6 de mayo. Las principales obras de san Juan Damasceno son:

1.º Los *Discursos sobre las imágenes*;

2.º El *Libro de la fe ortodoxa*, en el cual todas las verdades católicas se hallan enlazadas de tal modo, que viene á constituir un curso completo de teología;

3.º El *Libro de los vicios capitales*, que despues de definirlos y analizarlos, presenta los medios de contrastarlos y destruirlos;

4.º El *Libro de la dialéctica*, obra que ha hecho considerar á este Santo como inventor del método adoptado despues en las escuelas teológicas, é introducido por san Anselmo entre los latinos. Cave, famoso ministro protestante, dice que no merece llamarse hombre juicioso el que no admire en los escritos

La autorizada voz de san Juan, junto con las reclamaciones de todos los católicos, fué oído al cabo: la emperatriz Irene, á la sazón regenta del imperio, se apresuró á escribir al papa Adriano que convocara un concilio para proscribir la herejía de sus parciales; y accediendo Su Santidad, juntáronse los obispos de las varias provincias del imperio en número de trescientos setenta en la ciudad de Nicea, célebre ya por haberse reunido en ella el primer concilio ecuménico. Refutadas las objeciones de los iconoclastas ó destructores de imágenes, se confundió é impuso silencio á esta herejía, fallando los Padres, despues de protestar su respetuosa adhesión á los concilios anteriores, en los términos siguientes: «Decidimos que «las imágenes se expondrán no solo en las iglesias, en los vasos sagrados, en los ornamentos y en los muros, sino tambien en las «casas particulares y en los caminos, pues cuanto mas repetido «se vea á Jesucristo, á su Madre santísima, á los Apóstoles y á los «Santos, mas fácil será pensar en los modelos, y acostumbrarse «á venerarlos. Se prestará á estas imágenes acatamiento y honor, mas no el culto de latría que solo pertenece á la naturaleza divina, y se las precederá con incienso y luces, conforme se «acostumbra hacer con la cruz, el Evangelio y otros objetos sagrados, porque el obsequio dirigido á la imagen se contrae al objeto que ella representa. Tal es la doctrina de los Padres y de la «Iglesia católica.» Sigue á continuación el anatema contra los iconoclastas, y en la suscripción caléndanse los legados del Sumo Pontífice y los referidos obispos. Así acabó esta herejía sanguinaria: ¿por qué secreto arcano los supuestos reformistas del siglo xvi, siguiendo las huellas de estos antiguos fanáticos, hubieron de renovarla con el mismo exceso de impiedad, de crueldad y de furor?

Pasemos ahora del siglo viii al ix, disponiéndonos á nuevos sentimientos de admiración y gratitud hácia la Providencia que vela por la Iglesia. Declarados perseguidores ó defensores ineficaces de la Religión los emperadores bizantinos, vióse pasar la corona de Occidente á una de las testas mas dignas que la hubiesen ceñido: Carlomag-

de san Juan Damasceno su erudición extraordinaria, la exactitud y prevision de sus ideas y la vehemencia poco comun de sus raiocinios.

El P. Lequien, dominico, dió á luz una buena edicion de las obras de este Santo, 2 tomos en folio, año 1712.

no, poderoso soberano de Francia, consagrado emperador en Roma el día de Navidad del año 800. Protector infatigable de la Religión durante un imperio dilatado y glorioso, los estudios reflorecieron bajo su gobierno, las ciencias recobraron su perdido lustre, y fundáronse aulas en todas las catedrales y grandes abadías del reino. Al mismo tiempo que la Religión prosperaba en el interior, este gran Monarca no perdía ocasión de llevar el Evangelio mas allá de sus fronteras; y como los sajones, entre otros, hacia tiempo osaban permitirse incursiones en sus dominios, llevó á cabo para reprimirlos una guerra, cuyo resultado fué la conversión de aquel pueblo. Los sajones á la verdad se resistieron por algun tiempo, pero últimamente abrazaron la religión cristiana, y esto bastó para que el gran Cárlos les perdonara sus revueltas interminables.

Á la conversión de los sajones siguió la de varios otros pueblos del Norte, por cuyo medio la Iglesia fué subsanando las pérdidas que el Mahometismo y la herejía le irrogaban en Oriente y en el Mediodía, pudiendo hasta decirse que se indemnizó préviamente de las que en breve iba á sufrir.

Lleva san Anscario las luces del Evangelio á Dinamarca y á Suecia, otra vez para gloria y honor de los Benedictinos; pues este Santo era monje de la abadía de Corbie en Picardía. Haroldo, rey de Dinamarca, bautizado solemnemente en la corte de Ludovico Pio, pidió algunos celosos misioneros para que le acompañaran á su país, y diósele entre otros al Santo de quien hablamos, cuyo único anhelo era engrandecer el reino de Jesucristo. Empleándose con éxito en la conversión de los idólatras, ideó un medio eficaz para perpetuar el fruto de sus predicaciones, y fué comprar esclavos jóvenes, á los cuales instruía en el conocimiento del Dios verdadero, haciendo de ellos unos misioneros domésticos, con cuyo auxilio logró formar en Dinamarca numeroso proselitismo.

Mientras iba en aumento esta mision, el rey de Suecia pidió tambien á Ludovico que le enviara apóstoles para anunciar el Evangelio en sus Estados. El Monarca francés, que no deseaba otra cosa, hizo preguntar al abad de Corbie si tendria algun religioso que quisiera pasar á Suecia, y como cabalmente se hallaba en el monasterio Anscario, que habia regresado por asuntos de la mision, hecha la propuesta aceptó este nuevo encargo. Presentado al Emperador con otro religioso que se le dió por colega, recibieron varios regalos para el rey de Suecia, y se embarcaron; pero robáronles en la trave-

sía unos piratas, de modo que privados de todo recurso hubieran tenido que volverse á no ser el celo de nuestro Santo, el cual poniéndose en manos de la Providencia resolvió pasar adelante. Seguido, pues, de su compañero continuó á pié un camino erizado de dificultades, teniendo entre otras cosas que cruzar muchas veces grandes brazos de mar en pequeñas navecillas, flotando á merced del que manda á los vientos y á las tempestades. Llegaron, por fin, á Suecia sin traer encima otra cosa que la buena nueva de salud: no obstante el rey los recibió con mucho agasajo, y poniendo de contado manos á la obra, en breve sus trabajos fueron coronados con el éxito mas lisonjero.

Uno de los primeros convertidos fué el gobernador de la capital, magnate muy querido del rey, quien mandó labrar una iglesia dando pruebas de la mas sincera piedad, y perseverando siempre en la fe que habia abrazado. Cuando ya hubo suficiente número de cristianos, establecióse en Hamburgo una sede arzobispal, cuyo primer titular fué Anscario. El ardor del nuevo Prelado era infatigable; su vida austerísima, pues solo se mantenía de pan y agua, y su caridad con los pobres tan excesiva, que su mayor gusto era lavarles los piés y servirles en la mesa. El Señor, en premio, le concedió el don de milagros, pues sanó varios enfermos con la eficacia de sus oraciones, si bien su piedad no le dejaba aun atribuirselos. Habiendo sido la gran ambicion de su vida derramar su sangre por la fe, cuando se vió acometido de la enfermedad que le llevó al sepulcro, púsose inconsolable: «¡Mis pecados, exclamaba, mis pecados son los que me privan de la gracia del martirio!» Sintiendo acercarse su hora, reunió las fuerzas que le quedaban para exhortar á sus discípulos á servir á Dios fielmente, y á sostener su querida mision; y habiendo cerrado los ojos dió su espíritu al Criador á los setenta y siete años de edad ¹.

Mientras la barbarie de las razas septentrionales se doblegaba bajo el celo de los misioneros, el fanatismo musulman era vencido en España por el valor de los Mártires. Dueña la morisma de gran parte de aquel hermoso suelo, uno de sus especiales cuidados fué apagar la fe que en él ardía, siendo los cristianos objeto de violentas per-

¹ Godescard, al 3 de febrero; Fleury, lib. I, 1 y sig.; *Compendio de la historia de la Iglesia*, pág. 260.

secuciones. Muchos vertieron su sangre en defensa del Cristianismo, entre otros san Perfecto, santa Coloma y san Eulogio; este último, oriundo de una de las principales familias de Córdoba, habiendo pasado su infancia entre los clérigos de la ciudad, fué ascendido por su virtud y sabiduría al sacerdocio y á la direccion de la escuela eclesiástica cordobesa, que era celebérrima entonces. El sabio director santificaba sus estudios por medio de oraciones, ayunos y vigili-
as; su humildad, dulzura y caridad le atraian el afecto y la veneracion de cuantos le trataban, y era asiduo en visitar los monasterios, para adiestrarse en la perfeccion bajo los cumplidos modelos que en ellos se albergaban.

En esto el rey Abderraman III encendió una violenta persecucion contra los fieles, y el obispo de Córdoba con otros muchos sacerdotes y particulares fué encerrado en una mazmorra oscura. Entre los sacerdotes presos figuraba Eulogio, cuyo único delito consistia en alentar á los Mártires con sus consejos, y cuya única ocupacion durante su encarcelamiento se redujo á componer su *Exhortacion á los Mártires*, dedicada á las vírgenes Flora y María, que fueron decapitadas el año siguiente. Seis dias despues del martirio de estas Santas, Eulogio y sus compañeros salieron libres, cuya circunstancia les hizo atribuir con razon este beneficio á las súplicas que las santas Mártires habian prometido elevar por ellos en el cielo.

Por fallecimiento del arzobispo de Toledo, eligióse unánimemente en sucesor á Eulogio; pero no sobrevivió mucho á su eleccion. Avivada la persecucion bajo Mohamad, sucesor de Abderraman, prendiéronle de nuevo, y padeció martirio el que á tantos cristianos habia esforzado á padecerlo. Hé aquí lo que motivó semejante desenlace:

Una doncella llamada Leocricia, de ilustre familia muzlime, habia sido instruida desde niña en las verdades de la Religion por una parienta suya, que aun tuvo medio para hacerla bautizar. Los padres, sabedores de esto, maltrataban noche y dia á la pobrecita para hacerla renunciar á su fe; pero firme ella, cual debemos serlo todos tratándose del cumplimiento de los deberes cristianos, contentábase con responder humilde, que antes importa obedecer á Dios que á los hombres. Habiendo dado secreto aviso de lo que pasaba al sacerdote Eulogio y á su hermana Ancelona, pidió retirarse á algun lugar donde libremente se pudiera consagrar á sus prácticas.

Eulogio le indicó con cautela el modo de salir de la casa paterna, y por algun tiempo la tuvo escondida en la de amigos fieles á toda prueba; pero los padres, desesperados, pusieron tanto empeño y diéronse tan buena maña en buscarla, que al cabo dieron con ella. Arrestado Eulogio y conducido con Leocricia ante un cadí ó juez, preguntóle éste por qué razon habia apartado á una inocente doncella de la obediencia que á sus padres debia: Eulogio le demostró que hay casos en que la desobediencia á los padres se convierte en deber, y se adelantó á ofrecer enseñarle la via del cielo y que Mahoma era un impostor. Indignado el juez, dijo que le haria matar á palos; pero despreciando los tormentos, nuestro Santo proclamó en alta voz su fe religiosa, y su deseo de permanecer en ella. Viendo tanta entereza, el cadí le remitió al alcázar, para que le juzgara el Consejo real.

Uno de los consejeros, tomándole aparte, le dijo: Eso de correr ciegamente á la muerte es cosa de ignorante gentecilla; pero un hombre ilustrado como tú no debe caer en semejante desvarío. Créeme, acomódate á las circunstancias; solo se te pide una palabra, y despues serás libre de seguir observando tu religion, pues te aseguro que no te molestarémos mas. — Amigo, respondió Eulogio, si tuvieras una ligera idea de los galardones prometidos á los cristianos, pronto renunciarías á todos los logros temporales para conseguir aquellos; y de paso comenzó á demostrar al Consejo la verdad del Cristianismo, pero desoyendo sus razones le condenaron á la decapitacion. Cuando marchaba al suplicio un esbirro le dió un bofetón porque habia hablado mal de Mahoma, y por respuesta presentó la otra mejilla, y recibió otro con la mayor paciencia. Consumado alegremente su glorioso martirio, Leocricia fué asimismo decapitada cuatro dias despues, cogiendo los cristianos sus cuerpos, á los que dieron honrosa sepultura.

La sangre de los Mártires vertida en España fué, cual en todo tiempo, un semillero de nuevos cristianos. Entre tanto los búlgaros, nacion poderosa y fiera establecida en el Norte de Europa cerca del Asia, á beneficio de la Religion van á ser convertidos de bravos leones en unos hombres llenos de suavidad é inocencia.

Durante cierta guerra que sostuvieron contra Teófilo, emperador de Oriente, perdieron una gran batalla, y entre los prisioneros se halló la hermana de su rey. Llevada á Constantinopla permaneció allí treinta y ocho años, en cuyo tiempo se hizo instruir en la reli-

gion cristiana y recibió el Bautismo, y, recobrada su libertad, volvió al país natal cerca del rey su hermano. Allí empezó á hablar á éste del Cristianismo exhortándole á abrazarlo; conmovido ya el monarca, una circunstancia providencial pareció venir en ayuda de la piadosa princesa. Declárase en Bulgaria un funesto contagio, y dirigiéndose el rey al Dios de su hermana, cual en otro tiempo se dirigió Clodoveo al de Clotilde, cesa el azote casi de repente. Convencido el rey á vista de tal prodigio, contiénese sin embargo por miedo de una sublevacion entre sus vasallos, los cuales estaban muy apegados á sus supersticiones.

Así las cosas, san Cirilo, que andaba predicando el Evangelio por las naciones vecinas, recibió orden de penetrar en Bulgaria. El rey al principio resistió los discursos del Misionero, como habia resistido los de su hermana, pero finalmente sonó la hora de la gracia: queriendo hacer pintar una galería de su palacio, pidió un artista hábil al emperador de Constantinopla, quien le envió el santo monje Método ó Metodio, hermano de Cirilo, muy diestro en el arte, el cual llegado al palacio de Bógoris (tal era el nombre del rey búlgaro), invitado por éste á elegir entre otras cosas un asunto que aterrorase á los espectadores, representó el juicio final con todas sus espantosas circunstancias. Concluida su obra, descorre súbitamente una cortina que la cubria, en presencia del rey: túrbase éste al ver el cuadro, y sobre todo al oír su explicacion, y no pudiendo resistir mas, correspondiendo á la gracia que le habla por medio de aquel objeto sensible, pide con instancia ser instruido en los misterios de la Religion. Metodio esclarece sus dudas y le da cuantas instrucciones pudiera necesitar, y aquella misma noche queda el rey bautizado recibiendo el nombre de Miguel.

Quando los búlgaros tuvieron noticia de lo sucedido, atacaron tumultuosamente la real morada; pero Miguel, puesta su confianza en Dios, juntó á sus guardias y arrolló á los rebeldes. Sin embargo la fermentacion duró poco, calmáronse los ánimos, el pueblo fué olvidando sus preocupaciones, y dócil á la voz de los predicadores evangélicos acabó por recibir el Bautismo á ejemplo de su rey.

Miguel envió entonces embajadores al Sumo Pontífice, cual jefe de la Iglesia, en demanda de obreros evangélicos y en consulta sobre varios puntos de Religion y disciplina. Nicolao I, papa á la sazón, recibió cariñosamente á aquellos nuevos cristianos venidos de tan léjos para obtemperar á las instrucciones de la Santa Sede, y ha-

biéndoles dispensado cordial acogida, dió cabal respuesta á los puntos consultados, y despidió á los embajadores llenos de alborozo, en compañía de los obispos muy autorizados por su virtud y saber.

Nada mas edificante que la conducta de aquellos pueblos tan recientemente convertidos; á la ferocidad, á las supersticiones groseras, crueles é infames, á los abominables vicios que entre ellos reinaban, sucedieron la dulzura, la concordia, la pureza de costumbres, y cuanto constituye la felicidad y la gloria, aun temporal, de una nacion, viéndose al mismo Miguel, primer rey cristiano de la Bulgaria, abdicar la corona con objeto de acabar sus dias en un monasterio. ¿Qué otra religion sino el Cristianismo, ni que otros misioneros sino los católicos civilizaron á los pueblos ni obraron jamás tan estupendos milagros?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber manifestado la pujanza de vuestra gracia, convirtiendo á tantas naciones idólatras. Seguid convirtiendo á los pecadores que no os estiman, y á los herejes que os aprecian mal.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, utilizaré todas mis dotes para mayor gloria de Dios.